

CAMP: LA MENTIRA QUE CUENTA LA VERDAD

Andrés Hispano

Los movimientos CAMP (o tal vez deberíamos decir actitudes CAMP), pueden parecernos de limitado interés y repercusión, se trata de un fenómeno complejo cuyas dificultades dan comienzo en el mismo momento de pretender hallar la definición. No voy a intentar tal cosa, al menos de un modo directo.

Si este fenómeno me ha parecido interesante es porque me parece de absoluta actualidad. Creo que todo este caos, ecléctico, desequilibrado, voluntario y romántico de la posmodernidad debe muchísimo a los movimientos pseudo-homosexuales-estetas-decadentes-y-refinados del cambio de siglo.

Lo primero que debemos señalar es que la fenomenología CAMP se muestra de dos modos. Por un lado todas aquellas personas y cosas que son o comportan de modo indiscutiblemente CAMP (ya veremos cuales son esas diferenciales) y por otro lado todas aquellas personas y cosas que son CAMP a los ojos de un tercero. Con ello llegamos a la primera de las mini-reflexiones-definiciones sobre el tema.

El CAMP está en los ojos del observador especialmente si éste es CAMP.

Basta recordar que esta definición es igual de válida par el Kistch, el Pop y el Post, para darnos cuenta de que lo primero que debemos agradecer al CAMP es el haber introducido el "saber ver" o "saber volver a ver" las cosas que nos rodean. Ellos fueron los primeros en reinterpretar, para su propio placer, un mundo hostil hacia ellos hasta convertirlo en, cuanto menos, divertido.

El CAMP, como tal, nace en la Inglaterra del nuevo siglo. Personajes como Cecil Beaton, Jean Cocteau o Gabrielle D'annuncio serán los que perfilarán sus características. Fenómenos como el Dandismo o el traves-

* Coments. al libro de Ph. Cove, **The lie that tells truth**, London, 1985

tismo, el Dadá, Hollywood, el Glamour y Dior, se verán estrechamente unidos en un micro-cosmos creado por mentes sometidas a presión victoriana que estallan en la provocación más bella y decadente de este siglo.

CAMP es la seducción que niega sus intenciones.

La frase que encabeza este capítulo demuestra hasta que punto perviven algunas de sus actitudes en nuestros días.

La necesidad de la provocación llevó a muchos a adoptar una actitud, o pose, sexualmente ambigua. Una mentira tras la que se escondía una verdad. Esta pequeña falsificación era tan sólo una de las muchas que constituían la complejidad del CAMP.

Esta convivencia con la mentira, sana desde el momento en que es un medio desde el que explicar una verdad, derivó en el hallazgo de que las verdades no hacen falta para nada. Lo auténtico, lo real, es una apariencia tan sospechosa como una mentira declarada.

En este sentido, el famoso falsificador de pinturas Elmyr de Hory es la perfecta personificación de lo que decía. Su verdad era lo que otros denominaban falsificaciones. Y tal como Picasso dijo refiriéndose a uno de sus dibujos, que él mismo señaló como falso: "Si cualquier tonto puede falsificarme, porqué no voy a poder hacerlo yo?".

El genial documental de Orson Welles *FAKE*, es una joya para todo este tipo de referencias.

La seducción, pues, se convierte en una meta. Nadie quiere ser poseído, basta ser deseado.

El conjunto de poses, actitudes, noches y días del CAMP se convierten en arte sin artistas. Beau Brummell, figura hasta la sepultura, es un buen ejemplo. Pero se trata de un arte que reniega de tal intención. La seducción que niega sus intenciones. El CAMP es anti-arte del mismo mo-

do en que el deseo físico es anti-creativo. Lo dijo Philip Core. O en palabras de Hemingway, "La gracia bajo presión".

Este caos de no-reglas, esta selva de medio-mentiras y casi-verdades, no conduce, como podría pensarse, al escepticismo derrotista. Por el contrario se constituye como una plataforma de creatividad libre de prejuicios que reinterpreta el presente y el pasado enriqueciendo cada libro y personaje de un modo desconocido hasta entonces.

Este tipo de lecturas o "formas de ver" están hoy muy integradas, cuando alguien se refiere a las películas de gladiadores, a Victor Matute o a Errol Flynn, nadie ve tan sólo una película y dos actores, son tres símbolos de una comunidad específica de las comunidades de gays.

Del mismo modo, el Dadá y el Pop reinterpretaron su alrededor. Hoy a nadie extrañaría ver un Studebaker del 53 o un Hispano-suiza en un museo. Pero a los Futuristas les costó mucho convencer a la gente de su tiempo de su belleza.

CAMP no es necesariamente homosexual.

El movimiento CAMP suele asociarse a los homosexuales de un modo exclusivo. Ciertamente es que muchas de sus máximas figuras lo son y cierto es también que comparten universos de mitos y referencias. Pero nada de todo esto es exclusivo.

Poca importancia tenían las verdaderas inclinaciones sexuales, cuando lo que de ellos admiramos es la capacidad de provocación, elegancia, cinismo y farsa que practicaban.

La riqueza emocional, hedonista, artística y gestual superaba de tal modo al parco y austero mundo de lo viril que no es de extrañar que muchos practicantes heterosexuales se sumaran a sus características fenotípicas, o exteriores, obteniendo un gran divertimento a la vez que la máscara necesaria para vivir una libertad intelectual y corporal entonces lejana.

Se confunden así fácilmente los homosexuales con las "locas", y los gestos con las intenciones.

A pesar de sus ademanes resulta difícil definir las verdaderas inclinaciones de Beau Brummell. Gabrielle D'Annunzio, por otra parte, era un reputado conquistador que revolcó por sus sábanas a la mitad de las mujeres italianas, siendo además de calvo, bajo y feo, tremendamente afeminado.

Alguien ha dicho también que el CAMP era un arte sin artista. La actitud CAMP, en la mayoría de los casos, se pone y se quita como un abrigo. Todos podríamos serlo una noche con sólo proponernoslo, si es que a un tercero se lo parecemos.

Y si hubo alguien enteramente CAMP, ese fue Cecil Beaton. Beaton es al CAMP lo que Warhol al Pop. La esencia. Ni el primero ni el mejor, pero inseparable del fenómeno, ni por un segundo. Beaton era homosexual, pero eso no importaba cuando lo parecía mucho más que serlo. Siéndolo, lo simulaba mucho más.

La herencia más importante que nos ha dejado todo este trajineo, ha sido un importante traslado de costumbres, gestos y actitudes, tradicionalmente femeninos, al mundo masculino. O lo que es más importante, luchar contra esa triste frontera de sexos, a base de crear una confusión permanente entre aspecto y realidad.

Si modistas como Balenciaga, Klein, Dior o Armani han contribuido a ello vistiendo al hombre con telas, cortes y colores impensables en un hombre antes de 1930, otras mujeres como Sara Bernhardt, Marelene o la misma George Sand han ayudado a concienciar de que ese "tercer sexo", son dos en realidad, actitud y práctica, y que tienen muy poco que ver con los atributos físicos con los que se nace.

CAMP ES LA SEGUNDA INFANCIA.

Así lo definió Jean Cocteau, quien se bañó en las aguas de la ambigüedad sexual cuando quiso y creó con su natural libertad de actos una

de las mayores y más ejemplares escuelas de arte y comportamiento.

Cocteau hizo siempre lo que quiso, su vida fue una permanente segunda infancia, su inconsciencia le salvó de dictar manifiestos y su irregularidad de adscribirse a ningún movimiento de modo exclusivo.

De él podríamos tomar esta frase para seguir intentando perfilar al CAMP. CAMP ES LA LIBRE ASOCIACIÓN DE PENSAMIENTOS. PERO LA LIBERTAD DE PENSAMIENTO, NO ES CAMP. Yo he querido entender esta frase como un permanente caos que rehuye al adoctrinamiento, a la libertad. Pueden haber otras libertades, pero sólo esta es demostrable. El surrealismo, el Dada y otras vanguardias resultaban Camp desde el momento en que la única regla era el no imponerse límites (aunque podamos hallar puntos de sus manifiestos que parezcan negar esta afirmación). Este es uno de los puntos que tal vez tenga hoy su mayor proyección.

En el confuso, que no inconsciente, mundo de la posmodernidad, el automatismo, la libre elección de referencias, el anacronismo voluntario, la libre reinterpretación de cualquier cosa, caso o fenómeno anterior o actual están muy presentes. El arte, la moda y el diseño pisan terrenos antes considerados ajenos y si bien siguen habiendo sectores reaccionarios, su poder real va disminuyendo (¿o no?).

En el mundo del arte conviven primitivos como Barceló y niños como Keith Haring. Al diseño concienzudo y racional de Richard Dreyffus le sigue un incómodo Mariscal a las órdenes de un dictado tan hedonista como poco útil.

La elegancia de Armani comparte vitrinas con los horrores de Ruiz de la Prada, mientras cada payasada de Gaultier es aplaudida sonadamente.

Lo importante de esta multitud de opciones es realmente eso, que exista. Ya pasaron los años de la exclusividad. Este lustro no va a estar de moda la minifalda, ni la americana de pana, ni el Levi's, ni el cuello alto, estarán todos a la vez. O ninguno. Bastará que cada individuo lo decida.

Algo de esto había en aquella memorable frase del Gurú Warhol (bendito entre los productos) según la cual todos seremos inmensamente famosos, al menos durante un cuarto de hora.

Todos podemos creernos nuestros propios diseñadores o modistas o pinchadiscos, y no lo seremos realmente, pero todo está dispuesto para permitirnos el lujo de creernos nuestros propios creadores. Todos somos Self-made-man porque elegimos, cuatrocientas veces al día, entre el 1 la X ó el 2.

